

Ver y hacer teatro en Madrid

**JOSÉ LUIS
PÉREZ CEBRIÁN**

Iba a empezar con eso de que el teatro es como la vida misma. Pero quizá es al revés: la vida es el verdadero teatro, que renace siempre de cualquier ruina y también sobre los tablados, en este caso, pese a las quejas y a los malos augurios de los entendidos y de los profesionales que están dentro y viven del oficio. El entorno teatral es una especie de criatura hipocondríaca que se mira al espejo y se ve pálida y, muerta de miedo, busca ayudas (convenientes, sin duda) para no morir.

Pero el teatro no sólo no muere, sino que se revela (también con b) en cada época y entre los jóvenes a los que les gusta ver y hacer teatro. En este momento, los grupos teatrales se multiplican en la universidad, en los colegios, en las parroquias... y en las catedrales de Madrid, siempre ciudad literaria y creativa, hay representaciones teatrales para todos los gustos y edades. Se puede ver y se ven, por eso se representan, obras de Molière y Shakespeare, de Lope de Vega, de Valle Inclán, de Casona, de Buero..., o el largo y merecido éxito de "Arte", de Yasmina

TEATRO

Reza, o los mejores espectáculos europeos de danza, pantomima y poesía visual, o "La Katarsis del tomatazo" del teatro alternativo con reparto de tomates a los espectadores para que opinen y participen no sólo con aplausos.

Algo esencial tiene el teatro. Algo como una defensa para vivir, para aprender: es la emoción de un acto vivo, un "por ejemplo" de actores cercanos que nos imitan y que a veces tropiezan y se

equivocan como nosotros. En España no pudo con el teatro ni la censura de la postguerra. La censura es poco eficaz con el Arte. Lo mismo que la familia de Carlos IV no comprendió el impúdico retrato que les hizo Goya, los guardianes de la dictadura sospechaban de algunos autores pero no sabían por dónde cogerlos y se quedaban en los escotes de las bailarinas. No sólo se les escapaba Buero Vallejo, cuya obra fue decisiva en aquella ardiente oscuridad, y otros autores comprometidos del momento, sino que tampoco imaginaban la pugna por la libertad, por la dignidad secuestrada, que había detrás del humor de "Tres sombreros de copa" o "Sublime decisión", de Miguel Mihura.

Ahora, el riesgo que corre el buen teatro —se dice— no proviene del poder político, sino de la comercialización de cualquier actividad (su naturaleza artística pasaría a ser simple mercancía) o de la influencia de la televisión basura que apea a millones de ciudadanos haciendo "zapping" en sus cuartos de estar. Sin embargo, el teatro atrae cada vez a más espectadores: hay estudios que apuntan en Madrid un aumento de público de un 37 por ciento. Esto se debe en parte a la aparición de los llamados musicales, equiparables a los espectáculos de este género en Londres y Nueva York. Al éxito en la temporada pasada de "El hombre de La Mancha" y "West Side History" se han sumado otros espectáculos como "Grease", "Bailando, bailando", "Chicago".... Pero, en cualquier caso, el teatro crítico o

de pensamiento sigue vivo en la creciente y más oculta clase media española.

Un ejemplo de este teatro artesano que conjuga a escritores, actores, directores y demás componentes de un espectáculo es el que se representa particularmente en las salas llamadas alternativas que están proliferando en Madrid. Esto no quiere decir que lo que se ofrece en ellas sea siempre trigo limpio o certeza de nuevos caminos. En general es un teatro esperanzador pero, a veces, se queda también en ganas de epatar hacia ninguna parte. Y como dijo Albert Camus, la "literatura sin esperanza es una contradicción en los términos". Tal afirmación, referida al teatro, la corrobora Buero Vallejo, pues en las tragedias —dice— hay una implícita "invitación al lector o espectador a que piense en cómo se podría, acaso en el futuro, evitar de nuevo la caída en aquella espantosa situación descrita en la obra, mediante aquellas esperanzas que también la tragedia está llamada a suscitar".

En cualquier caso, algo se mueve en Madrid como capital del teatro desde aquellos corrales de comedias en los que se daban los más diversos espectáculos en los siglos XVI y XVII cuando la villa se iba asentando como Corte y en donde todo era posible o así lo describe el teatro de la época, que ya era también arte, negocio y picaresca, y con autores como Calderón, Quevedo, Cervantes o Moreto. Lo cierto es que, contra las previsiones pesimistas, los escenarios actuales vienen dando

una panorámica general de teatro de todos los tiempos y de las novedades más audaces. Por ejemplo, el estreno en Ensayo, 100 de "Diktat", del francés Enzo Cormann, en donde se plantea algo tan actual como el drama de los Balcanes, tan cercano y no sólo geográficamente: dos hermanos, hijos de la misma madre pero de padres de diferentes etnias, se reencuentran para explicarse por qué son

"enemigos" y se odian a muerte en la perversa dialéctica de la víctima y el verdugo, de los "unos" y los "otros" (esos dogmas de grupo que perduran cubiertos de disfraces). "Diktat" es una obra que prestigia al teatro alternativo de actores y autor por caminos de expresión en los que se cruza lo íntimo y lo social y político.

Por otra parte, el nuevo teatro confirma la polémica tesis de que el teatro no es únicamente creación literaria de un autor. Los directores de escena y actores cada vez se resignan menos a ser dóciles oficiantes de un texto. El texto, dicen, es únicamente el origen. Así podemos ver ahora la recreación de un "Shakespeare a pedazos", de la compañía Palabra del Fantasma, que ha extraído varias escenas de "Macbeth", "Ricardo III" y "Hamlet" para adaptarlas a un tiempo nuevo y descubrir al público el lado humano de los actores que las interpretan. Algo parecido a lo propuesto por Fernando Fernán Gómez con "Tartufo" de Molière, o a una "Carmen, ópera sangrienta", convertida en un espectáculo lírico-humorístico sobre la obra de Bizet. Una singular muestra de esa conjunción de autor, actores y escenografía se da, bajo la dirección de Josep María Flotats, en "Arte": una obra que hace pensar, con vivacidad y humor, en lo que somos y nos rodea.

Por cierto, uno de los últimos premios logrados por este grupo en la gala de los Max, celebrada en Barcelona, desató la polémica

entre el director y la Generalitat catalana. Resaltó Flotats la paradoja de que se le cesara en el Teatro Nacional de Cataluña por mal gestor cuando ha ganado el premio al mejor productor privado. Una vez más el arte se rebela ante el poder que pretende sumisión en su entorno.

No se muere el teatro. Sus males, después de tantos siglos, más bien parecen crisis adolescentes. Y Madrid sigue siendo la Villa y Corte que transmite a la escena personajes, anécdotas y planteamientos sociales que identifican, con sus virtudes y defectos, a la gran urbe. El teatro occidental ha sido eso desde que nació en las ciudades griegas hasta las expresiones escénicas de nuestros días. La Comunidad de Madrid está editando la colección “Madrid en la Literatura”, que recoge también las costumbres y las relaciones humanas de la ciudad reflejadas en el espacio escénico. No sé si se excedió Hemingway, cuando calificó a Madrid como “capital del mundo”, a la que “aunque sólo fuera por el Museo del Prado, valdría la pena ir a pasar allí un mes todas las primaveras”. También por su tradición teatral merece la pena Madrid, patria común, sin duda, de la resistente ilustración española desde Jovellanos o Feijóo hasta nuestros días.

TEATRO